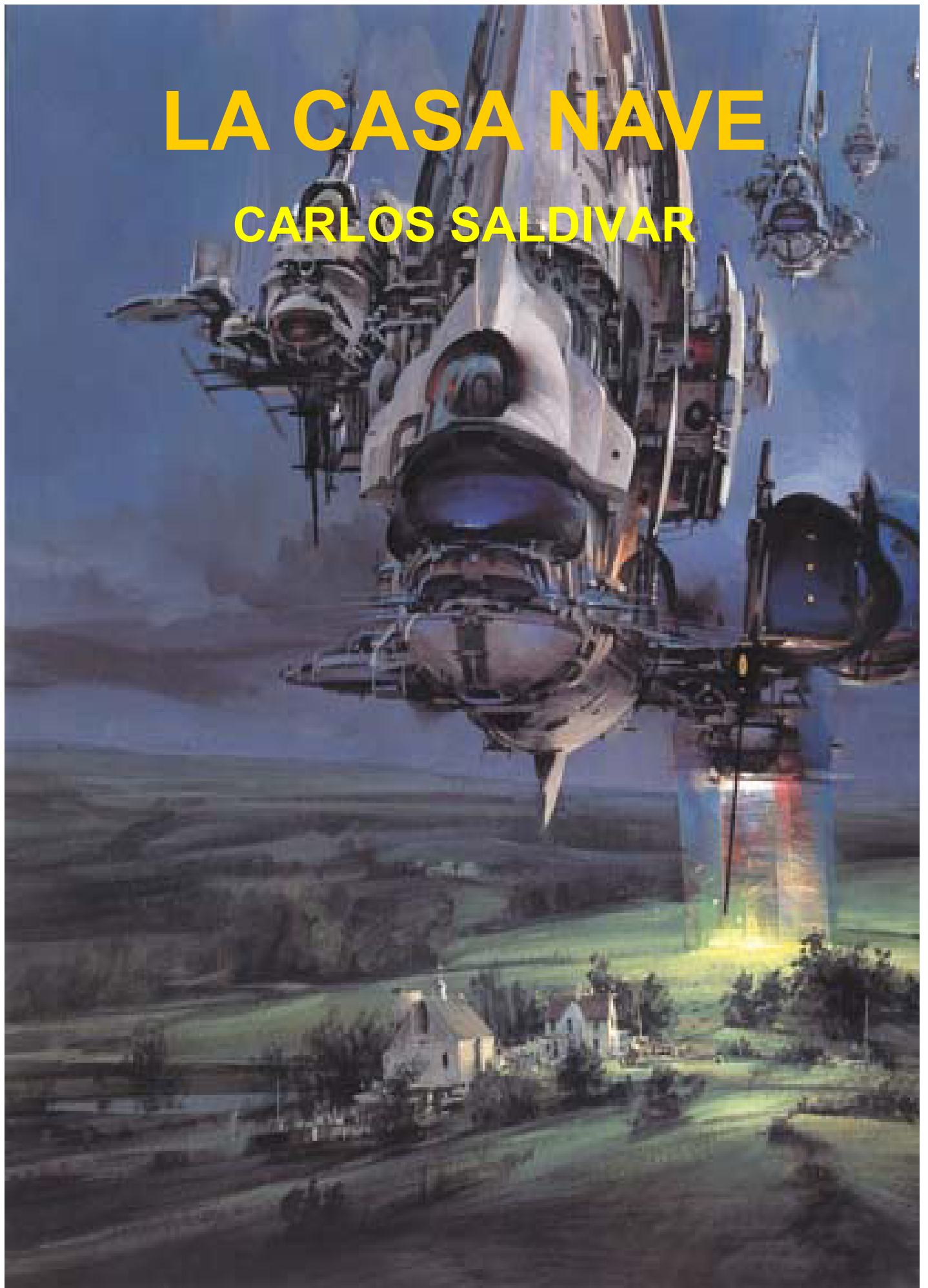


LA CASA NAVE

CARLOS SALDIVAR



LA CASA NAVE

Carlos Saldívar

A Susana Vega, para que nuestro futuro no sea como este

La música alteraba sus sentimientos. La puso a todo volumen mientras utilizaba el inodoro. Al terminar cogió el papel higiénico y se dio cuenta que no lo necesitaba; aún tenía los pantalones arriba. Había estado allí durante una hora y no había hecho nada excepto escuchar aquellas agradables melodías. Decidió tomar un poco de papel para limpiarse las lágrimas. Salió del baño sin decir nada y cuando el CD terminó colocó otro: *Stone Temple Pilots*, esa música le encantaba. El rock desenfadado y alucinógeno que hacía hervir el agua de su cuerpo, que formaba remolinos en la sangre de sus venas haciéndola saltar de emoción. Sentía que la vida se le iba, que ya no había mucho que hacer allí, que lo tema todo y a la vez no tenía nada. En el sótano, Grisía, la sirvienta, estaba muy ocupada en la única labor doméstica que tenía y que ejecutaba muy bien. Era una función vital, por lo tanto Susana debía atenderse a sí misma. Eso no la molestaba, había más cosas sacudiendo su mente. Caminaba por toda la casa pensando siempre en él, en que momento saldría de la habitación para unirse a ella y hacer algo monótono, como siempre. Tenían 4 televisores-radio en forma de caja con 500 discos compactos multimedia, *los mejores grupos del mundo* y un centenar de las mejores compilaciones, para ella. 3 televisores-lámina con proyector de discos incorporado con las 1000 mejores películas de todos los tiempos y otras 1000 del tipo que le gustaban a ella. Una biblioteca con mil libros, los títulos preferidos de ella, muchas obras de arte, ¿cuántas? ¿800?, las mejores para ella también –Picasso entre éstas–; infinidad de artefactos de uso cotidiano y una computadora con una conexión múltiple de ondas ultrasónicas y comunicación con *cobertura galáctica*, pero en aquella vivienda dicha tecnología era innecesaria, ya no se podían vislumbrar los hechos del mundo.

El mundo. Ella lo añoraba.

Abría las cortinas...

Y miraba, contemplaba el mundo...

Por la ventana del tamaño de su delgado torso podía ver el amanecer. Se había levantado temprano ese día y lo primero que hizo fue observar. Podía ver a la gente, sus vecinos paseando, viviendo sus existencias rutinarias. Allí dentro de su casa o allá afuera era lo mismo, nada de emociones, nada de excitación. Cuando se mudó a aquella casa con Víctor todo era sexo con amor, desenfreno, la soledad absoluta para comprenderse; un poco de tristeza al principio y luego el placer de los grandes descubrimientos. Ninguno de los dos apreciaba relacionarse con la gente, eran almas gemelas, les gustaba el mismo tipo de música, de pasatiempos; tenían las mismas perversiones, los mismos ideales, el mismo nivel. Se gustaban el uno al otro, *se gustaban* porque ya no se gustarían más, al menos ahora se veían tan solo como amigos lejanos, el amor (si es que lo hubo) fue decreciendo, se fue mermando la pasión, algo que alguna vez si hubo.

Han pasado años, varios años, ella comenzó a recordar, a analizar unos instantes; ella dominaba la relación, ella lo organizó todo realmente, aunque eran especialmente afines –ambos lo notaron cuando se casaron hacía 12 años– ella tenía un carácter más firme, más resuelto, lo lideraba y cuando hicieron los arreglos en esa, su casa, aquella hermosa y fantástica residencia de 3 pisos, ella lo coordinó todo. Dispuso el orden y la aplicación de las habitaciones y de las tantas

comodidades. Después de todo había mucho espacio que aprovechar: 16 habitaciones. Era una casa grande, ubicada en el mejor punto de la Tierra...

"Es un hogar enorme", oyó decir hacía tantos años al vendedor de la casa. "Nunca encontrarán casa igual, les protegerá si es que ocurre *la gran catástrofe*". Ellos reían, no podían imaginar lo que se avecinaba. Los sueños de la infancia eran los golpes de la cruda realidad adulta. Pero es tan difícil atisbar en el tiempo- Todo fueron sueños, sueños humanos, carnales, todo era observado desde una soberbia perspectiva hasta que llegó Grisía. A Víctor le dio mala espina la nueva sirvienta, "Grisía tiene solo 3 años, es muy buena y nunca ha fallado", mencionó el asistente de robótica, "por favor llévensela, es mi mejor creación... es... una hija...". Claro que era la mejor. El asistente quiso comprarles la casa, ofreció precios exorbitantes pero ni Susana ni Víctor necesitaban dinero, además estaban cómodos ahí, ubicados en el mejor lugar del planeta: una zona hermosa donde nunca llovía ni había tornados o huracanes, estaban alejados de las playas y los cerros, siempre preparados para todo, y se hallaban rodeados de adorables vecinos. Ella lo dispuso todo, siempre ella. Susana era la ideal para aquella labor. Podía brindar todo a su esposo: respeto, seguridad, tolerancia, afecto, todo, excepto lo más importante, algo que Víctor siempre buscó: un miembro más en la familia. *Hace tantos años de esto*. Víctor adoptó un perro. Susana no quería al animal, era alérgica, "se quedará en el patio". No dijo nada más. Víctor replicó: "Si se va Grisía entonces echaré al perro sino no". Fue hace tanto tiempo... Quizá en este momento fue que todo lo malo se inició pero no se darían cuenta de esto hasta dentro de varios años. Susana entendió que había cometido muchos errores y al pasar algunos meses permitió que el pequeño Libertin se quedara ahí con ellos, en su hermosa casa, que lo tenía todo. La casa: 2 baños, 3 recámaras, cocina grande a luz solar con energía básica, una sala enorme, sótano, ático, desván, cuarto de enseres, plataforma ascendente –no había escaleras, en el año 2044 ya era obsoleta– bar, gimnasio, discoteca, cine, etc. La casa lo tenía todo y ella con el paso del tiempo le había insertado mucho más. Lo último que colocó antes de que ocurriera *la terrible catástrofe* fue un surtidor de tragos y drogas alucinógenas que tanto les gustaban a ambos, luego revistas holográficas con sonido incorporado y lo último fue: la compañía que tendrían para el gran viaje, eso lo decidió ella. No hubo tiempo para que Libertin entrara a la fortaleza. Por eso Víctor se sintió traicionado. "¿Solo los dos? Pero, pero." Ella siempre fue una mujer celosa. Sólo irían ella y Víctor, nadie más, nadie de sus respectivas familias. La excusa era que no hubo tiempo para meter a alguien más, no se pudo salvar a nadie, ¿o acaso se hubiera podido?

Ya eran 12 años que estaban ahí y la misma pregunta rondaba sus mentes.

De alguna manera las cosas estaban restauradas, sin embargo... el planeta...

Ella se sentía sola, ¿qué hora era? Atisbó de nuevo por la ventana. El atardecer. Y unos niños que habían estado jugando pelota. Se estaban yendo. Ella les gritó:

-¡Hey, quédense a jugar! Quiero verlos, siempre me ha gustado el fútbol y ya no hay nada en la televisión, solo videos pasados de hace 12 años... imi equipo favorito es el *New Iron Castle*.

Pero los niños ya se habían marchado sin oírla. Se sintió triste, hubiera salido a la calle para hablar con alguien, no era mala idea, solo tenía que abrir la puerta. Sintió, percibió como en un sueño que la tarde se hacía noche con la rapidez de la luz y corrió velozmente arriba. Golpeó la puerta del cuarto de su esposo. "¡Saldré en media hora!", gritó él, con un tono aún somnoliento. "Está bien, espero que reposes lo suficiente, me siento aburrida". Ella pensó en consumir un poco de marihuana pero no quedaba mucha, ¿y si se terminaba? Ella no era muy adicta pero había dejado el licor hace un año, de hecho casi se había deshecho de todo. Ahora prendía un cigarrillo y miraba por la ventana de su habitación, ambos tenían habitaciones individuales y era Víctor quien más amaba la intimidad. Lo demostraba desde hacía años. Hubo una pelea, ella recuerda bien lo que pasó, por eso decidió

no insistir, por eso dos habitaciones separadas y una donde ya casi nunca entraban juntos. Él siempre escogía encerrarse en la del fondo del pasillo. Ella se recostaba en su cama de dos plazas, en el cuarto situado empezando el corredor donde había una gran ventana que daba al parque, todas las ventanas de la casa daban a encantadores lugares en la calle pero muy pocas al precioso parque cubierto de tulipanes y siemprevivas. Ella miró detenidamente... y vio la noche... un pájaro volar a un árbol donde tenía su nido para dormir, luego vio pasar una pareja abrazada, dos jovencitos, hermosos, lozanos, brillantes. La luz del poste los iluminaba. El joven detuvo a la chiquilla y la besó. Susana se puso sentimental, les gritó:

–¡Ámense, ámense de una vez! Y con un amor verdadero pues nunca se sabe cuando se terminará todo...

Ellos continuaron así un buen rato y Susana saboreó cada instante, no la habían oído, era natural. Ella continuó mirando por la ventana hasta que alejaron y se perdieron en la oscuridad del fondo de la pista. En la casa situada en la esquina, una mujer peleaba con su marido y lo echaba a empujones a la calle. Del fondo de la misma aparecían tres muchachos ebrios fastidiando a una chiquilla también borracha que se dejaba tocar en todos lados aunque gritaba: "¡no, no, ya pues!", y se reía. Dichas imágenes deprimieron a Susana que decidió ya no observar por la ventana y esperar abajo a su esposo

Enciende otro cigarro, prende la radio, pone un CD digital de Los Corazones Ajados, su grupo favorito, famosos por el año 2020, hace 36 años... enciende el modo holograma y encima del disco plateado del equipo de sonido ve en tres dimensiones al grupo tocar en vivo, al vocalista lanzándose al suelo y rompiéndose la camisa, cantando con esa voz única...

"Es como si estuvieran aquí", se dice y piensa que lo que ella más ama lo había metido a su casa: una guitarra firmada por el cantante, *Alimento*, que solo tenía 20 años cuando ocurrió todo aquello. Era un joven atractivo, si hubiera podido meterlo en la casa lo hubiera hecho pero bastaba con la guitarra que él le autografió. Susana la tocaba a menudo e hipnotizaba con su canto a Víctor. A ella le gustaba el rock, a él también. A él le hubiera gustado meter su batería pero no le dio tiempo. Ella se enojaba cuando él la culpaba a ella por no haber podido introducir en la casa ciertas cosas como su batería o su piano, ella le decía a viva voz: "¿Por qué no dices que quenas meter en la casa a otra mujer? ¿Por qué no dices que no soy suficiente para ti?". Susana lloraba, no por él, no por ellos, sino por lo que había ocurrido con las mujeres y hombres, con los niños del planeta. Ya nada importaba. Tenían juventud, vitalidad pero, ¿de qué servía?

Recordó las palabras del médico:

–¡Su casa es extraordinaria, en verdad es uno de los mejores modelos del mundo! No es única, ¿saben? Pero está mejor ubicada que el resto, eso significa que si algo ocurre, como los científicos suponen, ustedes tendrán tiempo de...

–Sí –dijo ella–, de poder enclaustrarnos para siempre aquí...

–"Para siempre" es una palabra trágica –respondió el médico.

–Tiene razón –interrumpió Víctor–. Además no somos eternos, es 71 años promedio...

–69, el nivel de vida ha bajado... pero puedo darles el doble, quizá el triple si se someten a cirugía, lograrían adaptabilidad, solo unos pocos virtuosos han podido obtener tal resultado, la droga de la inmortalidad surtiría efecto inmediato...

–Una operación así sería costosísima –dijo Susana.

–Pues en verdad lo es... pero no les cobraré nada, sólo les pediré algo...

–¿Qué? –preguntó la mujer con suma curiosidad.

–Quisiera que... si algo me ocurriera podamos entrar en su casa mi esposa, mi hijo de 6 años, mi hija de 3 años y yo, por favor...

–¿Nadie más? Uhmmm tendría que platicarlo con mi esposa... –dijo Víctor.

–Está bien, es un trato –dijo Susana. Víctor la miró con recelo.

–Entonces manos a la obra, vamos a cambiar genéticamente sus células sin causar malestar, así serán asequibles a la droga y vivirán más, amigos míos...

–De manera que no somos los únicos con una casa así, ¿verdad? –mencionó Susana cambiando de tema.

–Es una pena que no conozcan los alcances de su hogar, pero ya llegará el momento...

–¿Piensa que solo somos una pareja millonada y frívola? –indagó Susana– ¡Por supuesto que no! Sabemos los alcances de nuestro hogar y estamos preparados, por favor, confiaremos en usted...

–Dígame, ¿en verdad funciona ese método, el de cambiar genéticamente las células? –preguntó tímidamente Víctor.

–Mírenme –dijo el medico sonriendo–; yo tengo 110 años, mis hijos mayores ya me han abandonado...

iY parecía de 40 años! Obviamente había funcionado. Ella envejeció físicamente solo unos 4 años y ya habían transcurrido 12 desde que escapó en la casa. La catástrofe no había entrado por la puerta. Recordó la pequeña discusión con su esposo: que por qué debía prometer ayudar a esa gente si no podía darse ese lujo, que estaba muy equivocada. El desastre llegó y no se preocuparon por el doctor ni por su esposa ni por sus hijos. Víctor entendió a su cónyuge, fue una trampa la que había tendido a su benefactor. La casa solo era para dos. Con el tiempo, él desearía más compañía que la de ella, incluso pasaría algunas horas conversando con Grisía. Eso la irritaría mucho, sentiría celos de la doméstica. Después comprendería que no debía tenerlos, que era ridículo. Recordó alguna historias de ciencia-ficción que había leído sobre las relaciones entre robots y humanos, esto la haría pelear seguido con Víctor. A veces él tocaba el cuerpo de Grisía para hacerle quien sabe qué y eso enojaba a Susana, su esposo sólo deseaba explicar las cosas tal como eran y tener un poco de paz, sin embargo ella se lo impedía Ese fue su error. Ahora estaba arrepentida...

La música siempre le gustó, el rock & roll, antes de que ocurriera el final ella ya había desechado la idea de convertirse en una cantante famosa. Cuando conoció a Víctor no pensó en renunciar a sus sueños pero la vida de casada es otra cosa, además siempre se sintió frustrada, la primera operación que se hizo en su vida, de reducción corporal, había dejado una secuela en ella, solo una, que no percibió hasta que tuvo un año de matrimonio. Víctor siempre le recriminó no poder tener familia con ella, que no pudiera al menos darle un hijo. Ahora ya no había esperanza, navegaban en una soledad eterna aunque no fuera culpa suya. ¿O quizá sí lo era? En los extensos días que ellos contaban uno a uno con la computadora madre no se distinguían tiempos ni estaciones. La noche era perpetua, llena de cálidos rumores, de fenómenos más allá de toda imaginación. A menudo en la soledad de estas noches él la acariciaba pidiéndole perdón por esto o aquello, luego se iban a la recamara a hacer el amor-La suya era una casa fascinante que desafiaba las leyes de la gravedad, que en el momento de la némesis total impidió la entrada de la muerte. ¿Pero había de verdad VIDA en aquellas habitaciones? ¿En verdad había ritmo, gracia, armonía por aquellos pasillos?

Ya debía llevar más de una hora fumando cuando decidió recostarse en el sillón y tararear las canciones de ese grupo de rock, ¿o pop?, *the beatles*. No habían muerto, estaban allí en 3 dimensiones, entre luces fosforescentes. Escuchaba *let it be... déjalo ser*, sí, que las cosas sean como son ya que no se pueden cambiar. El destino es inevitable. Ella se quitó el polo de mangas largas,

debajo tenía un top fucsia. Una de las primeras cosas que puso a su disposición fue un guardarropa completo. Luego agua, mucha agua reasimilable y alimentos deshidratados. El purificador de aire había sido un regalo de Víctor pero, ¿cuanto tiempo más les duraría? ¿Y los microcubos de agua para dilatar? Cada día había menos de ellos. De nuevo pensó en salir y conversar con la gente, no quería ver en la televisión imágenes del pasado, prefería abrir la ventana pero se había prometido a sí misma no abrirla de nuevo. Sin embargo después de un rato lo haría.

Mira a una niña llorando en la calle, solitaria, sucia, con un vestidito rosado. Nadie viene por ella. Está en medio de la pista. Es de día, el sol golpea con sus rayos primigenios. Susana quiere salir pero no puede. De pronto imagina que la puerta delantera se abre y ve a la gente, la calle, el barrio, adornado por una magnífica luz. Ve autos voladores, juguetes flotantes de los niños que distraídos en su inocencia no conocen pasado o futuro, solo el presente cálido y homogéneo. Susana coge a la niña y la lleva a la acera, lo hace en el momento antes de que pase un automóvil a relativa velocidad, la abraza con ternura mientras una mujer de raza mestiza corre hacia ella, desesperada. "¡Encontró a mi hijita, gracias! Coge a la niña y la abofetea, nerviosa. "No le pegue, ella ya ha cogido un buen susto." La salvadora se llena de tristeza. Piensa que si ella tuviera algún día un hijo o una hija nunca los golpearía. Pero que fácil es decir eso cuando se es joven, cuando todo el universo palpable está hecho de sueños y proyectos. Ella retorna a la casa.

Susana se vio a sí misma en la escena de la calle y lloró con timidez, ya no soportaba esa pungente soledad. Debió haber ayudado a la gente, debió haber traído a alguien más con ella. Al menos a uno más. No tendría hijos pero podría haber criado, amado, no amamantado mas sí educado. Pero ya no se podía, era tarde, 12 años separaban al momento de las decisiones, había sido egoísta. Gritó: "¡Víctor!", con todas sus fuerzas pero él no bajaba. Ella subió a su habitación, abrió la puerta y la halló vacía. Lo buscó. Estaba desesperada, intuía lo peor. Buscó por toda la casa. El cuarto grande de abajo, los dormitorios, el baño, nada, el ático, nada en ningún lugar, al final bajó al sótano. Ahí estaba Grisía, en los mandos de la computadora madre. Se acercó a ella y le preguntó:

–Grisía, ¿has visto a mi esposo?

–Señora Susana su esposo me ha programado para no responderle hasta dentro de 15 minutos.

–¡Pero que dices! Te ha programado!

–Lo ha estado haciendo desde hace unos meses.

Susana se asustó, su esposo había estado programando a Grisía durante los últimos meses, por eso la tocaba. Grisía, con su delgada figura, desnuda completamente había provocado que Susana le prestara ropa, a la mujer no le gustaba que paseara en ese estado tan poco civilizado pero a Víctor no le gustaba que su esposa tomara ciertas actitudes carentes de lógica. Grisía era especial, su rostro era inexpresivo aunque lleno de sabiduría, todo en ella era extraordinario: su cabeza redonda, sus extremidades fuertes, sus ojos azules brillantes que de pronto miraban la pantalla. Decía:

–En 24 horas pasará junto a nosotros una lluvia de meteoritos. No será peligroso.

–¿Te ha programado para qué?, dime Grisía.

Grisía volteó mecánicamente su rostro plateado y dijo con severidad:

–Quedan 14 minutos, entonces le diré.

Susana se sentó en un sofá en el ático a esperar, luego intuyó lo que había pasado. Subió desesperadamente y buscó por toda la casa de nuevo, en todos los rincones. Rompió muchas cosas: adornos, cds, aparatos dorados, ya nada tenía sentido para ella. Entonces encontró en el armario del cuarto que usaba su esposo una entrada clausurada hace años por el creador de la casa *que ahora estaba abierta*.

"Una residencia sin comparación". Ahora se había dado cuenta de por qué la casa estaba tan llena de trucos: Había sido hecha para escapar. Salió de ahí y bajó al sótano.

–Han pasado 15 minutos.

Grisia detuvo sus movimientos mecánicos y su voz computarizada se dirigió a una puerta semioculta en el fondo del sótano conectada directamente con la puerta ubicada en el armario de la habitación del hombre un piso arriba.

–La descubrí yo y se lo comuniqué a su esposo, el me programó para ocultárselo.

Abrió la puerta. Susana deseó que jamás lo hubiera hecho porque allí estaba una habitación de 6 por 6 metros, tan grande como para albergar una nave de escape. Habían sellos del departamento militar nacional en el suelo y otra puerta tras ella, que seguro daba a... "¡Oh Dios!", pensó. "¡No, no!", murmuró.

–¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡NO!- gritó con todas sus fuerzas.

Allí no había ninguna nave.

–Hay otros que escaparon en casas como ésta. Lo descubrí hace 2 años pero el señor Víctor me programó para ocultárselo –la voz de Grisía resonó en el aire.

Susana no quiso escuchar más, corrió a la plataforma que la llevaría arriba, sólo oyó una intensa voz que le iba diciendo desde abajo:

–La quiere, pero hay sentimientos que son inevitables. Me dio instrucciones precisas de cuidar de usted para siempre.

Ella entra en shock y cae en el centro de su sala escuchando al grupo que la pone en trance siempre: *Pearl Jam* en modo holograma. Se pierde en la letra mezclada con el sinsabor de la traición. Es imposible describir sus sentimientos y a ella se le han juntado todos ahí mismo.

La casa más fascinante del mundo.

No son los únicos con una casa así, ¿saben? Pero ustedes están mejor ubicados que nadie.

No hubo tiempo de entrar a nadie más, solo nosotros dos, solo los dos...

Solo ustedes, los víveres, los artefactos y por supuesto la casa N...

Si pudiera retroceder el tiempo pero ya no se puede. Recuerda las noticias, la misma grabación que siempre visualiza: *La hecatombe llegó a la Tierra... los experimentos atómicos han dilatado su núcleo... empieza a estallar el planeta... empezando desde el norte se extenderá por la línea ecuatorial y llegará al sur en último lugar... Cerrar la puerta, que no entre nadie. Pocos conocen el secreto de la casa...* Susana lo recuerda llorando en estado fetal como una niña mancillada.

Nadie, solo unos pocos conocen el secreto de la casa. Tenemos menos de 10 horas, menos de 8 horas, menos de 6 horas para coger lo que podemos e irnos... ¡Susana!

"Solo tú y yo. Tú y yo y nadie más... "

"¿Y que hay de nuestras familias?"

Las familias no llegaron, vivían del otro lado de la ciudad y los gases tóxicos que emanaban del centro de la Tierra ya los habían matado. "No me quedaré a morir con mi familia." Víctor se conmovió y entró a la casa trastabillando, entre tanto repeluzno se había olvidado de Libertin que ladraba en el jardín, básicamente se olvidó de todo y de todos. Grisía estaba programada para hacer despegar la casa que se desprendió de gran parte de su estructura, pero todo lo básico estaba dentro de ella: las ventanas, el suelo, las paredes, el techo, todo se selló y de pronto la vida cambió para ambos. Cuando dejaron atrás lo demás no pensaron en que lo estaban dejando casi todo, gran parte de ellos, gran parte de sus almas en su intento por sobrevivir. El egoísmo, la pena, la impotencia, la fría esperanza, Susana pensaba, ahora es rabia, que se doblegará ante la profunda soledad. No hay un Dios, no hay nada, disgusto por la vida. Se puso de pie mientras meditaba

en su sala. Pero no es cierto. No puede ser cierto. Solo tenía que abrir la puerta de entrada, una puerta que había estado cerrada durante 12 años.

Cruzar la puerta, eso es todo y buscar a los ángeles. La gente aún camina por ahí, los niños juegan, los jóvenes, estudian, los amantes se aman o separan, las familias se quieren, se odian, los creyentes creen en que hay vida después de la muerte, después de todo la vida es un conglomerado delicioso, vale la pena mantenerla. Y no hay vida que no tenga penas. Pero ya no hay nada de eso, solo recuerdos. *La Tierra ha perecido.* Un fantasma le robaba su alma a cada instante. Pero quedaba la casa, "la casa de mis sueños", se dijo la mujer. *La casa más maravillosa del mundo, un milagro de la tecnología, la tecnología misma.* Aún no conocía todos los secretos de la casa, deseaba descubrirlos todos. Se limpió las lágrimas con los puños, había llorado tanto que le ardían los ojos, le quemaba la piel como si estuviera hecha del mismo núcleo del planeta que vivía en sus sueños. ¡Sí!, habían otros como nosotros, no éramos los únicos, no lo somos ahora, debían estar por allí, en algún otra galaxia, en otros sistemas, quizá a la vuelta de la esquina. Grisía se encargaría de encontrarlos. ¿Acaso... Víctor los halló? Tal vez se arriesgó, a lo mejor volvería pronto... con gente... y cruzaría esa puerta y entrarían todos y le obsequiarían a ella su compañía. Víctor, su amor total, su amistad, sus afectos. Podría sonreír y quizá hasta podría desempeñar el papel de madre, de hermana, de verdadera esposa. Muchas fantasías. Y con esto se sentía fuerte, no cruzaría aún esa puerta hacia la eternidad, aún no.

Abrió la ventana una vez más y se vio a sí misma abrazada de Víctor, luego jugando basketball con él en el parque de enfrente, en una pequeña cancha al costado del campo de football. Ahí se veía junto a él, jugando, abrazándose, riendo. *Hacía tanto tiempo.* Antes del final del mundo habían convivido 6 años en aquella casa, se casaron jóvenes. Añoraba esos recuerdos mas solo eran eso, recuerdos. Podía mantenerlos con ella, mas no podía vivir de ellos. Tenía que mirar hacia adelante como Víctor miró. Pensó en que su error fue tal vez ese. Sintió una tristeza inexplicable, agri dulce, dentro de ella. No fue su culpa, cometió errores pero no fue culpa suya. Estaba resignada.

Habló desde ahí a la computadora madre que tenía su voz sintonizada con el cerebro cibernético de Grisía, dijo:

–Por favor, apagar las imágenes.

Las películas que durante 6 años grabaron imágenes de su estadía en La Tierra se apagaron. Ahora miraba la ventana ubicada junto a la puerta de entrada. Contemplaba la inmensidad.

La cortina metálica se abrió dando lugar a la verdadera ventana. Los ojos de la mujer se ensancharon. Se extendió frente a ella una visión fantástica que la había aterrado en otras ocasiones. Hacía 3 meses que no contemplaba todo aquello pero quería verlo ahora para entender. Para aprender. Delante de ella, tras el vidrio irrompible había una negrura casi total: estrellas titilando, un cometa pasando, galaxias lejanas que no se visionaban pero se proyectaban en la imaginación, algunas existentes, otras exiguas que aún dejaban los vestigios de su desaparición, nebulas multicolores dibujaban constelaciones eternas. Todo aquello y más era visible desde ahí para la mirada humana atenta. La nave seguía llevándola a través de esos inhóspitos parajes hacia un destino desconocido. Era como un gigantesco desierto sin fin. De pronto vio luces resplandecer en el extremo derecho de aquel mar oscuro de infinidad divina.

–Grisía, ¿qué es eso? –preguntó.

A través de la computadora madre la voz metálica de Grisía respondió:

–Se acerca la lluvia de meteoritos, será muy vistosa y pasará cerca nuestro pero no se preocupe señora, no nos dañará en lo absoluto.

Ella suspiró, el despliegue de luces la fascinó, eran como fuegos artificiales que nunca se apagaban y volaban hacia un cielo interminable. Los ojos de Susana brillaron, parpadearon y vislumbraron los innumerables destellos carmesíes que

rozaban la armónica visión de su espíritu. Era en verdad algo fabuloso y a la vez atemorizante pero ella se quedó ahí, de pie un par de horas, mirando, analizando, venciendo sus miedos. Necesitaba ver, contemplar un poco más, tratar de hallar alguna respuesta... para entender... *para aprender...*

Lima, Junio de 2004